



Isabel Gómez Desde la Escalera

ARIEL FERNÁNDEZ 40



Pubisterio (1990) y *Versos de escalera* (1994), son dos libros de símbolos con que su autora nos comunica un yo ritualizado en la alegoría de las formas que sublima la circunstancia onírica y el despertar hacia la voz que une vida, instinto e inocencia. Florecera de un unanimismo cultural, a través de una ponderable territorialidad desde la cual surgirá el átomo de luz de la arcilla modeladora, según Emily Dickinson, a la cual menciona, nos dirá: "Acaso pueda abrir estas páginas / quedarnos dormidos ante el grito / abrimos de uno en dos a la luz". Página, grito, luz, asumiendo el uno dos mitcheano para transformarlo en uno y viceversa. Asistimos en su obra a la invocación de un intelecto que procurará el equilibrio ante el caos emocional de un mundo fenomenológico, pleno de araduras, hasta que pueda ser restablecido por la palabra poética: la espera de siglos, la recurrencia de un éxtasis ceremonial de sensaciones ideas. Su poesía interpreta expansiones que van a integrarse a la corriente inabarcable de un río de vida y de muerte; un devenir que nunca se completa. El desborde, sí, pero lo inabarcable de ser en cada circunstancia.

Desde su primer libro, *Un crudo paseo por la sonrisa* (1986), se afirma a través de ella una disciplina poética que a muchos les es desconocida. En su generación, son pocas las autoras que tienen cuidado en el tratamiento de un lenguaje sensible, es decir, que vibre más allá de su representatividad locuente. Es interesante destacar que hay en su poesía una identidad manifiesta en esas funciones que para el psicólogo Jung

son esenciales: pensamiento, sentimiento, intuición y sensación: "Rompanos el llanto de los senos / Si no hay vientos en el polen / Nos sentaremos a morir / Este sueño equivocado".

Isabel Gómez se replantea desde la profunda actitud metafísica de un Blake, soñante esencialismo entre altiplánicas bocas, tumbas, contra lítica, en tanto las sandalias preanuncian un mar "de sueño vikingo".

✓ Su último libro, *Versos de escalera*, recoge cuatro manifestaciones: "Palabras", "Mujer", "Edades" e "Identidad". En él expresa la concepción de una palabra que es organismo vivo; una voz que será esqueleto verbal de su representatividad. Pero es, precisamente, en su discurrir donde se afianza y distingue una personalidad. Ha sabido intuir lo que está antes de las percepciones, una sabiduría innata recorre sus páginas. No es una voz que somete sus experiencias a una actitud determinada. Hay en su obra una ciencia infusa del quehacer lírico. Ha nacido poeta y, para ello, comunica sus más profundas reacciones desde la introspección reflexiva del orbe poético. Es decir, una vasta concepción de lo real imaginario unida al sentimiento de entrega profundamente arraigado en un feminismo dialogante, espontáneo y visceral. Sus connotaciones a una realidad esencial son muy frecuentes: "Lo blanco del lenguaje blanco". Tal vez haciéndonos recordar el adolescente Rimbaud, mas, inmediatamente, nos remeco con el patetismo de su denuncia: "Yo sé que hay muertos / sin palabras / esperando en las esquinas". La realidad la sublima en su labio; es un presente que nace de la raíz más profunda, del centro genésico: "Hoy, una mujer / acaba de soñarse / Ocupa esta palabra / y se pertenece / como

si floreciera de su vientre". O en esta evasión de una realidad a otra: "Me sostienen tantas sombras / A lo largo de mi cuerpo / Algo resplandece"; conjunción existencial de la noche y el día, de las muertes que la antecedieron, al mismo tiempo que clama por la proximidad de "lo abstracto de nosotros / que algún día encontraré en las calles". No sólo es constatación con una expresión lírica sino también con la palabra, a la que no abandona, porque ella es la esencia de todo principio y, por tanto, acusa su sentido evasivo en una especie de raptó emocional hacia el gran encuentro como lo percibiera Huidobro: el silencio viene a ser la garganta por la que transitará la palabra, y mientras sucede ese trance dirá "tengo un frío gramatical / que deja inconcluso este poema". Por eso, la simbología de la escalera: "Las escaleras son fantasmas / que alargan nuestra soledad en los rincones". Un ascenso hacia lo desconocido, hacia el vértice opuesto. No es profundizar el yo sino salirse de él y sostener lo insostenible, cuando desde otro plano advierta la altura solidaria desde la cual se alargan los rincones de nuestra propia soledad. Visualizaciones geométricas, distancias entre una palabra y otra, primeros planos y disidencias conjeturales, afirman una poesía de tonos renovadamente intimista.

Isabel Gómez le otorga a la poesía la revelación de los sueños seculares que están latentes en la voz lírica de su tiempo. Sólo la pueden comunicar aquellos que, como ella, no han perdido el asombro porque mantienen la lucidez "para -como dijera Rosamel del Valle- ordenar el golpe que viene desde el país de adonde... Cuando el pensamiento se desprende de sus raíces, el ser ve claro".

Isabel Gómez desde la escalera [artículo] Ariel Fernández.

Libros y documentos

AUTORÍA

Fernández, Ariel, 1940-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1995

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Isabel Gómez desde la escalera [artículo] Ariel Fernández.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile